

Autor: Abilio Ayuso
**LA LECCIÓN
DEL ESCULTOR**

Ilustrador Ronny Bravo



¿Cuántas genialidades se habrán malogrado por defectos de forma o burocracia absurda instrumentada por gente mediocre?.

TP

PRÓLOGO

Hace años, en el colegio de mi hijo convocaron unos juegos florales a los que muchos niños presentaron sus pequeñas obras literarias, Oscar se esforzó muchísimo y creó un pequeño cuento de ciencia ficción con moraleja ecológica (Planeta Dessert), que aún hoy en día me parece increíble para su edad.

Lo remató con un dibujo que no tenía que envidiar a las portadas que aparecen en muchos libros.

Todos los profesores estaban de acuerdo en que era la mejor de las obras presentadas, pero un día antes de la concesión de los premios, ocurrió un pequeño incidente.

Un alumno dijo que Oscar había pulsado un timbre indebidamente. El acusador era un chico que no hubiera gozado de credibilidad alguna en ningún caso, excepto si hablaba mal de alguien, claro está.

El director de la escuela decidió dar una lección a Oscar y relegó su trabajo al segundo puesto.

Realmente le dio una lección, pero no la que pretendía.

Mi hijo sacó en conclusión que no debía presentar sus obras en lugares donde se valoraba con parámetros totalmente ajenos al arte, y aunque siguió escribiendo por pura afición, ningún año más volvió a presentarse a los juegos florales de su colegio, a pesar de que ello conllevaba un ascenso en la nota final.

Esta es la historia real que me ha inspirado la que sigue a continuación.

Cuentan que una vez, un rey, viendo que en su país el arte de la escultura estaba por los suelos, organizó un concurso en el que todos los escultores del reino tratarían de realizar su obra maestra y la presentarían en palacio durante la fiesta de cumpleaños de la reina, que se celebraría dentro de dos meses.

Aquel que aportara la mejor escultura, ganaría fortuna y honores, y su obra presidiría por siempre el salón del trono, los demás, se retirarían con sus estatuas sin recompensa alguna.

Todos los escultores se pusieron a trabajar lo mejor que pudieron, pero sus obras eran mediocres porque en todo el reino no existían auténticos artistas, es decir había uno solo que apenas era conocido, el apodado: “Escultor lento”.

El apodo no era gratuito, su lentitud era tan manifiesta que no recibía apenas encargos ya que nunca acababa las obras a su debido tiempo.

Pero esta vez, aquel artista decidió demostrar a todo el reino su valía.

Consciente de su propia lentitud y sabiendo que dos meses para él era un plazo insuficiente, se puso a trabajar a un ritmo frenético, sin descanso, sin apenas dormir ni comer, en aquel tiempo no vio a nadie, ni hizo nada que no fuera la escultura que presentaría al concurso.

El plazo se consumía y nuestro escultor trabajaba a un ritmo febril, la noche anterior a la fiesta estaba dando los últimos retoques a la obra y aun le faltaba pulirla, llevaba ya tres días sin comer ni dormir, pero pensaba que conseguiría acabarla a tiempo.

Llegó el día señalado, la corte entera y toda la gente importante del país, se habían reunido en palacio.

Uno tras otro fueron apareciendo los escultores ataviados con sus mejores galas colocando sus estatuas en el salón del trono sobre pedestales de terciopelo.

Había obras mejores, otras peores, pero ninguna auténtica obra maestra que mereciera aquel galardón.

Finalmente, cuando los clarines estaban a punto de anunciar que se cerraba el plazo de admisión, se oyó el apresurado traqueteo de un carrito de mano y aparecieron el escultor lento y su ayudante empujándolo jadeantes, con aspecto sudoroso, cubiertos del polvo de pulimento con las batas de trabajo puestas aun.

Se hizo un silencio total en la sala. Con manos temblorosas el agotado artista depositó su preciada carga en el suelo, destapó la lona y de todas las bocas de las gentes sensibles al arte se escapó un murmullo de admiración, porque ante ellos se encontraba la estatua más bella que nadie hubiera visto jamás.

No obstante, el rey parecía más atento a otros aspectos que los meramente artísticos y no hacía más que mirar con desagrado el aspecto sucio y desaliñado del artista.

Rápidamente, el grupo de sabios del reino deliberó durante apenas dos minutos, parecían estar todos completamente de acuerdo.

Entregaron su veredicto al chambelán, que a su vez se lo entregó al Rey. Su majestad miró de reojo la nota y la apartó a un lado, llamando seguidamente al primer ministro para cuchichear con él durante un instante.

El ministro transmitió la orden al chambelán y este al pregonero real, que con voz potente anunció: “La estatua ganadora del concurso y que presidirá el salón del trono a partir de hoy es:.....”, y mencionó una estatua que aun siendo mejor que todas las demás, quedaba muy por debajo de la del escultor lento.

“El ganador recibirá una bolsa de oro y el título de caballero, los demás escultores pueden retirarse con sus estatuas”.

Nuestro artista estaba anonadado, no podía creer que su estatua no hubiera ganado el concurso. En ese instante la voz del primer ministro le susurró: “Es cierto lo que estás pensando, el grupo de sabios ha dado como ganadora tu obra”.

“Pero entonces.....”.

“Si, el rey ha cambiado el veredicto, y te ha dado como perdedor, por tener la insolencia de presentarte a su fiesta sucio y con estos harapos”.

“Pero... ¿No es el arte lo que cuenta?”.

“El arte cuenta, pero las formas pueden ser tan importantes o más, espero que con esto hayas aprendido la lección”.

“Si primer ministro, he aprendido la lección”.

Cuando se retiraban el escultor y su ayudante arrastrando lentamente el carrito con su escultura, al pasar por la puerta, el chambelán les dijo: “Escultor, ¿Has aprendido la lección que te ha dado el Rey?”.

"Si Chambelán, he aprendido la lección".

Cuando ya habían salido de palacio, el ayudante le preguntó: "Maestro, ¿Cuál es la lección que el Rey os ha dado y vos habéis aprendido?".

"Verás muchacho, la lección que haya querido darme el Rey me importa poco, la que yo he aprendido es que nunca más debo malgastar mi esfuerzo en nada que organice este monarca que valora más las formalidades que el verdadero arte".

Cuentan que el escultor lento a partir de entonces vivió al margen de la corte y sus eventos. Sin embargo, mercaderes de lejanas tierras pasaban de vez en cuando por su taller y salían discretamente cargados con pesados fardos.

Transcurridos los siglos, aquel rey pasó sin pena ni gloria y hoy apenas ocupa dos líneas en los libros de historia.

La estatua ganadora del concurso fue arrinconada en el sótano por su sucesor, donde apilada entre cien cachivaches se rompió y acabo siendo troceada para reparar un muro con sus pedazos.

Sin embargo, la escultura de nuestro artista, hoy en día está muy lejos de su lugar de origen y, aunque consta como: "De autor anónimo", es una de las piezas principales de uno de los museos más importantes del mundo.

FIN...